

VI.
Tiempo en
que Salo-
mon com-
puso sus
Proverbios

No hay conformidad sobre el tiempo en que Salomón compuso sus Proverbios. Algunos Judíos (1) creen que hizo el Cantar de Cantares siendo joven, los Proverbios en una edad madura, y el Eclesiastés al fin de su vida. La principal razón se toma del título de estos libros. En el Cantar se da simplemente el nombre de Salomón; al principio de los Proverbios toma el título de rey de Israel; pero en el Eclesiastés se califica rey de Jerusalén. He aquí unas pruebas poderosas sin duda. Otros Rabinos (2) creen que no comenzó á escribir sino en su vejez y poco antes de su muerte, habiéndole Dios restituido su santo Espíritu que le había retirado durante su desarreglo. San Gerónimo, sobre Ezequiel capítulo XLIII expresamente dice, que Salomón compuso sus Proverbios después de su pecado. San Cirilo de Jerusalén (3) y los que aplican á la penitencia de Salomón el versículo 32 del capítulo XXIV. de los Proverbios según la versión de los Setenta: *Después de esto he hecho penitencia* (4); deben también decir que este libro es el fruto de la penitencia de aquel príncipe. Se cree con más probabilidad que compuso sus Proverbios en el tiempo en que estaba más lleno del espíritu de sabiduría, y de aquellas vivas luces que brillaron en todo el mundo y le adquirieron la reputación del rey más sabio de la tierra. El mismo habla de sus Proverbios en el libro del Eclesiastés (5), y así es cierto que los compuso antes de este último libro. San Gerónimo (6) asegura que los Proverbios fueron escritos en verso: quiere decir probablemente en verso libre, ó más bien en estilo poético, lo mismo que las sentencias de los antiguos filósofos (7).

VII.
El libro de
los Prover-
bios es ca-
nónico.

No se duda de la autenticidad y de lo canónico del libro de los Proverbios. No conocemos en la antigüedad sino á Teodoro de Mopsueste (8) que lo haya contradicho, pretendiendo que Salomón había compuesto este libro con una sabiduría toda natural, y que siendo muy ilustrado y muy hábil, no había tenido necesidad de una inspiración particular para escribir esta obra. El autor de una cierta memoria publicada entre las *Opiniones de algunos teólogos de Holanda*, sobre la inspiración de los libros sagrados, conviene precisamente en los mismos principios. Estos señores quieren ahorrar cuanto pueden los milagros y las cosas sobrenaturales; pero Dios no necesita de su economía, y la Iglesia conducida y enseñada por el Espíritu Santo, ha reconocido siempre los Proverbios como un libro verdaderamente inspirado. Los escritores sagrados del Nuevo Testamento los han citado con frecuencia (9). Así no hay una razón legítima de poner en duda su inspiración y su autenticidad.

VIII.
Version
griega del
libro de los
Proverbios,
atribuida á
los Setenta.

La versión de los Proverbios hecha por los Setenta, ó á lo menos conocida y recibida con su nombre, seguida y citada por los apóstoles y los más antiguos Padres, se aparta con frecuencia del hebreo: contiene un gran número de sentencias añadidas que no están en el texto original, y de las que algunas se hallan en el libro del Eclesiastés. Las versiones siríaca y arábiga, y lo que es muy notable, la pa-

(1) Vide Bayn. hic, et Cornel. a Lapid. — (2) Zemach. David, pag. 33. Seder. Olam Rabba, cap. 15. — (3) Cirilli Hieros. Catech. 2. — (4) Prov. xxiv. 32. — (5) Eccl. xii. 9. Composuit parabolas multas. — (6) Hieronym. in Isai. Praefat. — (7) Laert. lib. 1. Vide Not. Casaubon. — (8) Vide Concil. Constantinop. iv. coll. 4. art. 63. — (9) Vide Heb. xii. 5. 6. Canis reversus ad vomitum; ex Prov. xxvi. 11. Jacob. iv. 6. Humilibus dat gratiam; ex Prov. iii. 34. Apoc. xix. 3. Ego quos amo, arguo, et castigo, ex Prov. iii. 12.

ráfrasis caldea en algunos pasajes parecen tomadas del griego. El texto de la edición romana nos presenta diversas trasposiciones, principalmente desde el cap. xxiv. V 22. Inserta en este lugar los catorce primeros versículos del cap. xxx.; después vuelve á tomar el versículo 23 y los siguientes del cap. xxiv. Luego vuelve á poner el versículo 15 y los siguientes del cap. xxx. después el cap. xxxi. y en fin el capítulo xxv. y los siguientes hasta el xxix. inclusive, con que da fin el libro. Omitimos las variantes y las trasposiciones menos notables que se advierten en cada capítulo, porque son en gran número y cuya razón no es muy fácil adivinar. Algunos varones doctos (1), creen que antiguamente había muchas colecciones de los Proverbios, hechas en diversos tiempos y por diferentes autores, de suerte que las colecciones no eran conformes sino dispuestas en orden diverso; de donde provino la variedad en la colocación de las sentencias y en el orden de los capítulos y de las máximas, lo que se debe entender de la versión griega de los Proverbios y no del original hebreo, que jamás ha variado. Parece que los Helenistas son los primeros autores de estas dislocaciones. Se podría creer también que el traductor bajando simplemente para su uso, siguió su gusto y su inclinación más bien que el texto que tenía presente, y que añadió, cortó, traspuso ó parafraseó según lo juzgó á propósito; pero debe confesarse que no se sabe de cierto de donde viene la diferencia.

A más de los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, que son indudablemente de Salomón, se le atribuyeron en los siglos posteriores diversas obras muy perniciosas, las más de ellas sobre la magia, para cubrir con un nombre tan grande la bajeza de estas obras tenebrosas; por ejemplo, se le hace autor de un libro intitulado: *De la curación de las enfermedades*, del que habla Kimchi; de otro que tiene por título: *La contradicción de Salomón*, condenado por el Papa Gelasio, y del *Testamento de Salomón*, conocido y citado por Mr. Gaumin. Alberto el Grande cita cinco libros de aquel príncipe en su Espejo de Astrología: 1.º *El libro Almada*; 2.º *El libro de los Cuatro Anillos*; 3.º *Liber de novem Candariis*; 4.º *El libro de las Tres figuras de los Espíritus*; 5.º *De los Sellos para arrojar á los demonios*. Tritemio nombra otros cuatro: 1.º *Las Clavículas de Salomón, dirigidas á su hijo Roboam*; 2.º *Liber Lamene*, acaso de las láminas encantadas; 3.º *Liber Pentaculorum*, acaso de los Pentágonos; 4.º *De los oficios de los Espíritus*. Reuchlin cita otro intitulado *Ruziel*. Chico cita otro con el título de *la Hgromancia á su hijo Roboam*. Todo esto, como se ve, sabe á magia, y está infinitamente distante del espíritu y de la sabiduría de Salomón. Se puede ver á Naudé en su *Apología de los grandes hombres acusados de magia*.

No es de hoy día el que los impostores se valgan del nombre de aquel príncipe para dar crédito á sus prácticas impías y supersticiosas. Josefo (2) refiere que Salomón compuso hechizos para curar las enfermedades, y fórmulas de conjuros para arrojar á los demonios, y dice que aun se usaba de ellas en su tiempo. Refiere que un hombre llamado Eleazar arrojó á muchos demonios en pre-

(1) Grot. in cap. xv. 33 et Bossuet, praefat. in Prov. pag. 16. — (2) Josep. Antiq. lib. viii. cap. 2.

IX.
Obras apó-
crifas atri-
buidas fál-
samente á
Salomón.

sencia de Vespasiano por medio de un anillo, en el cual estaba contenida una raíz indicada, según se dice, por Salomón, pronunciando al mismo tiempo el nombre de este príncipe. Nosotros colocamos en el número de los apócrifos todas estas pretendidas obras de Salomón, como también las cartas que se pretende haber escrito á Hiram, y las respuestas que este le dió, y que Josefo ha referido como verdaderas.

El cuidado que Salomón toma de instruir con particularidad á la juventud, nos da lugar á poner en seguida de este prólogo la Disertación sobre las escuelas de los Hebreos, á la que añadiremos la Disertación sobre la materia y la forma de los libros antiguos, y sobre las diversas maneras de escribir.

La Iglesia ha tenido siempre una veneración particular á este libro; le ha mirado no solo como la obra mas sabia de los reyes, sino como de la misma Sabiduría, que por boca de este príncipe ha querido dar á los hombres reglas de moral para conducirlos en los diferentes estados y en las diversas circunstancias de la vida. En efecto, la Sabiduría instruye en este libro á los grandes y á los pequeños; á los pobres y á los ricos; á los amos y á los criados; á las mugeres y á sus maridos; á los padres y á los hijos. Pinta los vicios con los rasgos mas capaces de producir su aborrecimiento. Se dedica á hacer amable la virtud, representando las ventajas y los bienes que dimanar de ella; pero es necesario acordarse siempre, que los bienes temporales prometidos á los Judíos carnales, no son mas que la imagen de los bienes espirituales prometidos á los cristianos.

La Sabiduría se digna descender hasta el pormenor de todo lo que concierne á la vida civil, y nada omite de lo que puede servir para hacer á los hombres sabios y bien arreglados; de suerte que no hay persona que no debiese tener de continuo este libro entre las manos, y principalmente los jóvenes deberían leerle sin cesar, y aprender de memoria sus sentencias. Nada seria mas útil que llenar su espíritu de estas máximas, que se pueden mirar como la moral del Espíritu Santo.

Los pretendidos sabios de la antigüedad, aquellos que se han llamado filósofos, es decir, amantes de la sabiduría, han intentado en otro tiempo instruir á los hombres, y enseñarles á arreglar sus costumbres; pero han estado tan ignorantes de los verdaderos principios de la moral, que lo que dicen útil y racional, está desfigurado por muchos errores que vierten confusamente con las verdades que han conocido. Pretenden ser los médicos del alma, y le presentan con una misma mano el remedio y el veneno, sin que ella pueda en su depravación discernir el uno del otro. Por eso la Sabiduría eterna, hablando en este libro, se distingue ella misma de los falsos sabios diciendo: *Todos mis discursos son justos; nada tienen de malo; en ellos no se mezcla nada corrompido* (1). Los mas célebres entre los sabios del mundo por la doctrina de las costumbres, han sido los Estoicos. Sus máximas han tenido una gran reputación, porque prometían hacer felices á los hombres, inspirándoles una paciencia invencible en los males, y un menosprecio universal de todas

(1) *Prov. viii. 8.*

las cosas del mundo; pero reducian la moral á este principio que es como su fundamento: El hombre no debe apoyarse sino sobre sí mismo; debe contentarse consigo propio, y con los bienes que nacen de él. Así, en lugar de que Dios dice: *Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre*, dicen ellos al contrario: *Dichoso el hombre que pone su confianza en el hombre*. Fijan el mas alto punto de la sabiduría en el colmo de la locura y de la impiedad; y la salud del alma en la mas mortal de todas sus enfermedades. Estos son los discípulos del ángel soberbio, que enseñan á sus sectarios á imitar el orgullo de tan detestable maestro; porque se han imaginado que el hombre sumergido como se halla en este abismo de tinieblas y de miserias, podria hallar su bienaventuranza en sí mismo, sin recurrir á Dios, único que puede hacerle dichoso, rompiendo sus cadenas, librándole de sus pasiones, y haciendo brillar á sus ojos la luz de la verdad. Así, según la expresión de S. Agustín (1), han querido de algun modo fabricarse ellos mismos su felicidad, y han creído que era necesario mas bien hacerla que pedirla, cuando ningun otro puede darla sino Dios: *Beatam vitam ipsi sibi quodammodo fabricare voluerunt, potiusque patrandam, quam impetrandam putaverunt, cum ejus dator non sit nisi Deus*.

Por esto los hombres necesitaban de un sabio como Salomón, que ilustrado del mismo Dios, conociese la profundidad de sus llagas con la luz de aquel que sondea los riñones y penetra los corazones; de un sabio que hubiese aprendido de la misma sabiduría divina los remedios proporcionados á las enfermedades. Vemos que en efecto, inspirado por el Espíritu de Dios, establece toda su moral sobre este fundamento (2): *El temor del Señor es el principio de la sabiduría*, ó como dice el hebreo, *de la ciencia* que forma á los verdaderos sabios. Abate desde luego á los hombres bajo la mano omnipotente del Ser Supremo: los arredra con la amenaza de sus juicios, á fin de que la humildad abra su corazón á la luz de la gracia, que dándoles la verdadera ciencia, hará nacer en ellos la verdadera sabiduría. Se puede decir pues de Salomón en un sentido verdadero, respecto de estas santas instrucciones, de las que no ha sido mas que el órgano, lo que fué dicho al Hijo de Dios: *Sabemos que sois un Maestro enviado de Dios* (3); porque este libro es propiamente una escuela divina que nos está abierta, una escuela donde el Espíritu Santo habla á las almas como un padre que instruye á sus hijos. Les enseña lo que deben aborrecer y lo que deben amar: les descubre las llagas secretas de su alma para que les tengan horror: les manifiesta las redes que el contagio del siglo y el desarreglo mismo de su corazón les tienden sin cesar, y les insta á que se entreguen á la soberana sabiduría que quiere conducirlos por los caminos de la justicia, y que les promete un tesoro de gracia y de gloria.

Este es el juicio que San Agustín forma de este libro, en una obra que llama el Espejo, *Speculum*, que es un extracto de las palabras mas claras y mas morales del Antiguo y del Nuevo Testamento. El mismo santo compuso esta colección para ponerla en las manos de

[1] *Aug. ep. ad Maced. 155, al. 52.*—[2] *Prov. i. 7.*—[3] *Joan. iii. 2.*

X.
Instrucciones que contiene este libro.

71
que esto
instrucción
de sabiduría
y de moral
necesaria

72
instrucción
de sabiduría
y de moral
necesaria

los fieles; porque estando persuadido de que la palabra de Dios es el pan de sus hijos, eligió de ella lo que le pareció mas inteligible y mas edificante, á fin de que todos se instruyeran en la Escritura, y que esta se proporcionase á las necesidades de todos. Despues de haber hecho el extracto de los libros sagrados que preceden al de los Proverbios, cuando llega á este, dice: „Si se entienden bien los Proverbios de Salomon, se hallará que todo este libro casi no es otra cosa que una „instruccion continua para arreglar nuestras costumbres, y formarnos „en la piedad (1).” He aquí el juicio que el santo quiere que formemos de esta obra; porque aunque este libro parezca pequeño si se cuentan las páginas y las líneas; pero si se penetra el sentido y se consideran las verdades que el Espíritu Santo ha recogido en él con una precision digna del que habla, se hallará una moral completa, así como se ve que el tallo, los ramos, las hojas, las flores y los frutos es án encerrados en un pequeño grano de semilla, de donde Dios hace que nazcan.

Por esto no hay nadie á quien la lectura de esta obra no le pueda ser útil. Aquellos que gozan, ó algun dia deben gozar algun puesto de consideracion en la Iglesia, aprenderán la precaucion y circunspeccion con que deben entrar en sus cargos y dignidades, y con que vigilancia y pureza deben ejercerlas. Los grandes del siglo aprenderán sus deberes hácia Dios y hácia aquellos que les están sometidos: los pueblos verán lo que deben á sus soberanos y á todos los que Dios les ha puesto por superiores. Los magistrados, y todos los que tienen alguna autoridad, hallarán excelentes reglas para defender á los débiles contra sus opresores, y para no tener jamas otra mira que lo que deben á Dios y á la justicia. Los padres y las madres aprenderán en muchos pasages, con cuanto empeño deben esforzarse á procurar á sus hijos una educacion sabia y cristiana, para que hagan la gloria y la alegría de aquellos de quienes son doblemente deudores de la vida. En fin, todo lo que puede afirmar la paz y la santidad de los matrimonios, por la eleccion que se debe hacer ántes de contraerles, ó por el modo con que se debe vivir despues de haberlos contraido; todo lo que respecta á los deberes de los amigos, y generalmente lo que los hombres deben á sus semejantes, incluso los extranjeros y enemigos, se halla señalado divinamente en esta obra.

Estas advertencias son por lo regular muy claras, y estas son las que extractó S. Agustin para que su pueblo las tuviese sin cesar á la vista. Hay otras que son obscuras y exigen mayor luz para penetrar su sentido. Así bajo el nombre de la *muger extranjer*, insensata, corrompida y enemiga de la sabiduria divina, los santos padres entienden la Babilonia de este mundo, la corrupcion y la impiedad del siglo. En el nombre de la *muger fuerte* entienden la Iglesia de Jesucristo ó tambien sus pastores, cuyas almas son las esposas del Verbo divino y las madres de los fieles, á quienes engendran y nutren con la palabra de la verdad y con la virtud de los sacramentos. En fin, cuando en este libro (2) se habla de la *sabiduria divina*, de la *casa* que ha edificado, de las *siete columnas*

XI.
Misterios
que contiene
este libro.

(1) Aug. in Speculo.—(2) Prov. ix. 1. et seqq.

sobre que está apoyada, de la *victima* que ha inmolado, del *pan* y del *vino* que ha preparado, de la *mesa* que ha dispuesto, y de los *servientes* que ha enviado para llamar á los hombres, los santos padres reconocen en esta parábola la *sabiduria* encarnada que es el mismo Jesucristo; su *casa* que es la Iglesia, *las siete columnas* inmutables de este edificio que son los siete dones del Espíritu Santo; su *victima* que es su santa humanidad inmolada por nosotros; su *pan* y su *vino* que son su cuerpo y su sangre, convertidos en alimento nuestro en el sacramento eucarístico; su *mesa* que es el sagrado banquete donde se nos ofrecen estos alimentos divinos; en fin, sus *servos* que son las almas de los ministros del Evangelio, enviados para atraer á los hombres al festin de las bodas del Cordero. Así es como debajo de estas palabras muy sencillas en apariencia, se ocultan misterios profundos.

Los hombres algunas veces tienen dificultad en reconocer este lenguaje misterioso, en que se ocultan con velos oscuros las verdades mas sublimes; pero esto es porque no comprenden bastante las razones por las cuales Dios les habla de este modo. La Escritura es la obra del Espíritu Santo, que ve en nuestro corazon lo que nosotros no vemos; por consiguiente nos habla en ella, no segun nuestro deseo, sino segun nuestras necesidades. Nos instruye, no como á simples discípulos á quienes basta ilustrar, sino como á enfermos que es necesario curar. Por lo comun no pensamos sino en adquirir nuevos conocimientos, y cuando los hemos adquirido no nos volvemos mejores. Queremos satisfacer á nuestro espíritu; y nos olvidamos de que nuestro corazon está cubierto de llagas. Pero Dios obra respecto de nosotros con la bondad de un padre y de un médico: se propone por objeto, no mantener una vana curiosidad, sino curar las llagas que nos han producido nuestras pasiones: y he aquí por qué las verdades que nos enseña están algunas veces cubiertas con el velo sombrío de las parábolas. Sabe que nuestra mayor herida es el orgullo, y que mientras estuviéremos poseídos de esta pasión, serémos indignos de entrar en la inteligencia de sus secretos, que oculta á los soberbios y descubre á los humildes. Quiere pues humillar al alma con la vista de su ignorancia y de sus tinieblas. „Y porque el hombre menosprecia fácilmente lo que ha conocido sin „pena, ha querido Dios, dice S. Agustin, que su Escritura fuese obscura en diversos pasages, á fin de que se ocurriese á él para pedirle la inteligencia: y que cuando la hubiese dado fuese tanto mas „útil, cuanto aquella hubiese sido deseada con mas ardor, buscada „con mas trabajo y descubierta con mas alegría.”

Lo que debemos desear en la lectura de una obra tan divina, es llevar á ella las disposiciones de corazon que exige de nosotros, y que nos señala el mismo Salomon en diversos lugares: porque nos advierte con frecuencia que escuchemos sus santas instrucciones, no con una fria indiferencia, no con un ardor pasajero de una curiosidad inquieta; sino como un siervo escucha á su señor, un hijo á su padre, un enfermo á su médico, un reo á su juez; en fin, como un hombre debe escuchar á Dios que tiene en sus manos la eternidad de su vida ó de su muerte, y que no le habla sino para su salud.

Si se lee este libro con este espíritu, con una fe humilde y una piedad respetuosa, las cosas que desde luego podrán parecer oscuras, se aclararán poco á poco; ó si hay algunas que sean demasiado superiores á nosotros, su obscuridad misma no nos servirá menos que lo que hubiese de mas claro, si la reverenciamos sin penetrarla. Todo nos edificará en estas instrucciones del Espíritu Santo, y experimentaremos en nosotros mismos la verdad de esta excelente máxima de S. Agustín (1): „Que nuestra inteligencia crecerá siempre á proporcion de nuestra virtud, y que no tendremos trabajo en comprender lo que Dios nos dice en su Escritura, cuando estuviéremos en la firme resolución de hacer lo que nos ordena en ella:” *Quis nesciat tanto citius quemque proficere cum bona legit quanto citius facit quod legit?*

(1) Aug. l. de op. mon. c. 17.

DISERTACION

SOBRE

LAS ESCUELAS DE LOS HEBREOS.

1.
Ventajas generales de las escuelas. Doble ventaja de las escuelas de los Hebreos.

Las escuelas han sido siempre consideradas entre los pueblos cultos, como el principal apoyo de los Estados. En las escuelas se forman los sacerdotes, los jueces, los magistrados, los pueblos: allí es donde se aprende la religion, las leyes, la historia, la lengua, las ciencias, que son los conocimientos mas importantes para la república y los mas útiles para la vida. Por esto los legisladores y los príncipes mas ilustrados han visto siempre el establecimiento y la conservación de las escuelas como una cosa que merecia su mayor cuidado; y han puesto su primer empeño en el establecimiento de academias, en la eleccion de maestros, y en procurar la instruccion de la juventud. No nos extenderemos aquí en probar esto con el ejemplo de los otros pueblos; nos limitaremos á los Hebreos. Vamos á hacer ver entre ellos una serie no interrumpida de escuelas y de profetas, desde Moises hasta Jesucristo, despues de lo cual examinaremos lo que nos refieren de sus escuelas y de sus estudios, desde su dispersion por los Romanos hasta nuestros dias.

Los antiguos Hebreos tienen sobre los otros pueblos una doble ventaja con relacion á sus escuelas. La primera se saca del mérito y de la dignidad de los maestros: estos casi todos son los profetas y los sacerdotes del Señor. La segunda mira al objeto de sus estudios, casi únicamente limitados á la ley de Dios y á las profecías. En los otros pueblos se hacia gran aprecio de la filosofía, de la astronomía, de la geometría, de la música, de la retórica, de la poesía. Estos conocimientos fueron muy descuidados entre los Hebreos; la religion era casi lo único á que se aplicaban. De ahí provenia

su adhesion á sus ritos y á sus costumbres, la exactitud en la práctica de sus leyes, su atencion en educar á su juventud, su amor á la pátria (1).

Los patriarcas Abraham, Isaac, y Jacob, fueron hombres llenos del Espíritu del Señor, que tomaron el cuidado de formar por sí mismos sus familias en el conocimiento y en el temor del Omnipotente. Este conocimiento se conservó entre ellos sin alteracion, sin escritura, en la memoria sola de los hombres, hasta Moises que escribió la ley por orden de Dios. Mientras vivió fué el órgano de las voluntades del Altísimo, y las manifestó á Israel y supo hacerlas observar por su sabiduría, por su firmeza, y por su celo. Jamas se vió maestro mas instruido, mas atento, mas infatigable. No cesó durante el curso de toda su vida de instruir, de exhortar, de reprender, y de corregir al gran pueblo de que estaba encargado.

Moises dividió el trabajo de instruir á Israel con Aarón su hermano, que era segun la expresion de la Escritura, su profeta (2). Comunicó tambien una parte de su autoridad á un cierto número de hombres escogidos que estableció para juzgar y para gobernar á Israel en las cosas á que él mismo no se podia dedicar (3). En fin, el Señor en el desierto tomó del espíritu de su siervo y le comunicó á setenta hombres (4) que despues profetizaron siempre, y continuaron instruyendo al pueblo. Desde Moises hasta la cautividad de Babilonia, se halla en Israel una serie no interrumpida de hombres inspirados. Los Judíos concluyen esta sucesion de hombres en Esdras y Nehemías, y en aquellos que componian entonces el Sanhedrin, y que cerraron el canon de las Escrituras. Pero la Iglesia cristiana pone tambien entre los profetas á los autores de los libros de los Macabeos, á los de la Sabiduría y del Eclesiástico, que vivieron mucho tiempo despues de Esdras y Nehemías, y se ve tambien por el Evangelio que al tiempo del nacimiento del Salvador el espíritu de profecía no se habia extinguido en Israel, pues Zacarías padre de S. Juan, Santa Isabel, S. Juan Bautista, Ana la profetiza, Simon el Justo, eran verdaderos profetas. Tambien Josefo nos habla (5) del gran sacerdote Hircan como de un profeta, y de un particular nombrado Jesus, que predijo por mucho tiempo la ruina de Jerusalem por los Romanos (6).

Sucedió Josué á Moises en la profecía (7), es decir, en el empleo de maestro y de doctor de Israel. Mantuvo á la nacion en su deber y en la práctica de la ley del Señor con sus instrucciones y milagros, con su autoridad y ejemplo. Un poco ántes de su muerte (8) reunió á su pueblo y renovó con él la alianza del Señor. Tuvo la confianza de darles la opcion de servir al Dios de sus padres, ó de elegir entre los dioses extrangeros al que ellos quisiesen servir: *Optio vobis datur: eligite hodie quod placet, cui servire potissimum debetis.* Por lo que á mí toca y á mi casa, añade, permaneceremos adictos al Señor: *Ego autem, et domus mea serviemus Domino.* Los antiguos que habian visto á Moises y que habian sido instruidos por Josué, conservaron el depósito de la fe y de la religion en su pureza.

(1) Joseph contra Appion. lib. 1.—(2) Exod. vii. 1.—(3) Exod. xviii. 25.—(4) Num. xi. 25.—(5) Joseph. de Bello lib. i. c. 3.—Antiq. l. xiii. c. 18.—(6) Idem, de Bello, lib. vii. c. 12.—(7) Eccl. xlvi. 1.—(8) Josue, xxiv. 1. 15.

II.

El primer canal de la doctrina entre los Hebreos fué la sucesion de los profetas.